

Profesionales Cristianos. Adviento 2013.

EN EL ALIENTO DE LA ESPERANZA

«Voz que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas» (Mt 3, 3).

La experiencia del desierto tan medular en la plasmación del alma de Israel como pueblo de la Promesa, se nos ofrece en este año bajo el lema:

«En el desierto se descubre lo esencial para vivir» (texto pronunciado por Benedicto XVI en la Homilía de la apertura del Año de la fe en octubre de 2012).

Con el dolor en el alma, por la situación en la que mueren tantos y tantos seres humanos en este momento histórico en que nosotros vivimos, hacemos nuestra reflexión y nos disponemos a meditar y orar sobre lo que El quiere de nosotros.

Pero no de cualquier manera, no alentados con un optimismo humano que nos ayuda a ver el porvenir de forma positiva; sino que lo que nos mueve, lo que nos ha de mover a nosotros, creyentes y miembros del pueblo de Dios, es la virtud de la esperanza. Esta potencia teologal que en el tiempo del Adviento se activa para estimularnos y dinamizarnos hacia el Señor que viene y nos adviene si le hacemos sitio en nuestra posada.

La esperanza activa -como dice Benedicto XVI en su encíclica *Spe salvi*, 34-, *con la cual luchamos para que las cosas no acaben en un «final perverso».*

Saint-Exupery, *El principito*: *«lo que embellece el desierto es que esconde un pozo en alguna parte».*

La metáfora del desierto va a estar presente en todos nuestros encuentros, reflexiones y trabajos durante el presente curso pastoral.

Dios y el ser humano están en búsqueda.

Dios está siempre a la búsqueda del hombre. Y siempre por amor, no puede ser de otra forma, porque Dios es amar.

Creación y alianza. Éxodo y exilio, profetas, testigos, Jesucristo el testigo y el profeta, la Palabra de Dios que pone su morada entre nosotros. *«He aquí que estoy a la puerta y llamo».*

Y nosotros, a la búsqueda de Dios. Permanentemente, estamos atravesados por un deseo esencial que nos habita. Anhelamos y buscamos a quien nos constituye y nos sustenta en el ser y en la existencia.

«Me recibo continuamente de tus manos, esta es mi verdad y mi alegría. Tus ojos me miran constantemente y yo vivo de tu mirada» (Romano Guardini).

**Condiciones de la esperanza cristiana. Virtud teologal.
Fundada, Lúcida, Dinámica y Compartida.**

***Fundada.** Confiada y apoyada. «Yo sé de quién me he fiado» (II Tim 1, 12)

En el salmo 71, 5 decimos: «Pues tú eres mi esperanza, Señor, Yahveh, mi confianza desde mi juventud».

La esperanza se coloca entre la fe -fundamento de todo- y el amor -que no acabará. (Cf. I Co 13)

1. «SPE SALVI facti sumus» - en esperanza fuimos salvados, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros (Rm 8,24). Según la fe cristiana, la «redención», la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino».

2. «...podemos decir ahora: el cristianismo no era solamente una «buena noticia», una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo «informativo», sino «performativo». Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva».

Este sentido, para los seguidores de Jesús muerto y resucitado, nos viene de la fuerza que nos dan su vida y su Espíritu.

«La esperanza no falla porque, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5, 4).

Para hacernos una «resonancia evangélica»

Preguntas.

¿Dónde tengo yo anclada mi esperanza?

Personal, comunitaria y eclesialmente.

¿En dónde descanso yo mis preocupaciones vitales? ¿Los interrogantes?

¿Las perplejidades? ¿Las incertidumbres en la realización de los proyectos de la misión?

¿Cómo supero las tentaciones de desánimo, desencanto, o deseos de abandono?

¿Qué importancia real le doy al tiempo de interiorización, de oración y de silencio revitalizador?

***Lúcida.** De ojos abiertos.

La potencia teologal de la esperanza no se alimenta de una especie de optimismo ingenuo ante la crudeza de la realidad. No se fía de la seguridad previa de que todo saldrá bien.

El cristiano de esperanza mantiene los ojos bien abiertos ante la realidad con toda su ambigüedad y su complejidad.

Está llamado a hacer una mirada creyente de la realidad, a mirar lo que ocurre con una mirada que fluye del Evangelio y de la manera como Jesús mira y ve la realidad.

Preguntas:

¿Cómo es mi nivel de mirada al mundo y a las situaciones en las que vive la gente?

¿Tengo un nivel de información, serio, contrastado, para no caer en lecturas ingenuas, simples, y repetidoras de los tópicos que circulan en el ambiente?

¿Soy sincero conmigo mismo para ver sin prejuicios y hacerme cargo de la realidad?

¿Hago el esfuerzo por ver a las personas, sus situaciones reales, su historia, sin reducirlas a números o a resultados de las estadísticas?

***Dinámica.** Pro-activa, dinamizadora, implicativa.

Spe salvi, n.34: "la esperanza es activa, con la cual luchamos para que las cosas no acaben en un «final perverso»".

La virtud o potencia de la esperanza la ha colocado Dios en nuestros corazones y en nuestras manos, para que la activemos.

Y todo esto, con la conciencia de que el cristiano sabe que tiene una cita más lejos. Es lo que se llama la «*reserva escatológica*».

Preguntas:

¿Qué conciencia tengo de que desde mi puesto, trabajo, ocupación, ministerio encomendado, más allá de la relevancia externa, estoy colaborando con la obra del Señor?

¿Me alimenta esa realidad que se llama la "caridad apostólica"?

¿Hago por conocer medios que me pongan al día para saber responder a los retos y exigencias que hoy plantea la nueva evangelización de la esperanza cristiana?

¿Como educador y acompañante de personas, suscito y despierto actitudes de implicación y de compromiso?

¿Mantengo mi espíritu en la serenidad y la confianza, ante la tardanza de la llegada de lo que desea nuestra esperanza?

***Compartida.** Eclesial. Alimentada en el "nosotros" de los cristianos.

Compartimos con nuestros conciudadanos y habitantes del planeta, estén donde estén situados ideológica y religiosamente, que nuestra esperanza y nuestra propuesta, nos humaniza, nos hace mejores, contribuye a un mundo más fraterno, más justo y solidario.

Por eso podemos hablar de los lugares de la esperanza. Lugares espirituales, culturales, sociales y políticos, y lugares amenazados, de la esperanza. Y en ellos estamos presentes, o estamos llamados a estar.

En *Spe salvi*, el papa dedica un apartado a: «Lugares» del aprendizaje y del ejercicio de la esperanza. Pone los siguientes: La oración (32-34), el actuar y el sufrir (35-40); el Juicio (41-48).

«La esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás».

Preguntas:

¿Me siento miembro de un pueblo que es portador de una esperanza para el mundo? ¿Una oferta que vale la pena?

¿Alimento y fortalezo mi esperanza en espacios y celebraciones comunitarias en las que me implico?

¿Con mis actitudes, palabras, posturas, soy de los que aliento la esperanza en los otros, o por el contrario desanimo, y desilusiono con posturas negativas no constructivas?

¿Tengo posturas y actuaciones que favorezcan y potencien la esperanza en medio de las dificultades y contrariedades?

¿En qué lugares de la esperanza me hago presente y favorezco dinamismos que la potencien?

«La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5, 4).